

LA GENERACIÓN DEL 37 Y LA REVISTA *LA MODA*.

Por Olsen A. Ghirardi

Sumario.

1. *Los inicios.*

2. *Los redactores.*

3. *El plan.*

4. *Los temas:*

4.1. *El tema social.*

4.2. *El pueblo.*

4.3. *La democracia. La igualdad. La libertad.*

4.4. *La República.*

5. *La literatura y el arte.*

5.1. *La idea de progreso y la de sociabilidad.*

5.2. *La literatura y los románticos.*

6. *La cultura de los jóvenes.*

7. *Influencias más notorias.*

7.1. *Saint-Simón, los saintsimonianos, Pierre Leroux.*

7.2. *La acción mazziniana.*

7.3. *Las revistas.*

8. *Las críticas.*

9. *La música.*

10. *El final.*

11. *Conclusiones.*

1. Los inicios.

La actividad del Salón Literario se extendió desde el mes de junio de 1837 hasta fines de ese mismo año (probablemente noviembre). En su *Autobiografía* Vicente Fidel López nos cuenta que el Salón “comenzó a decrecer” hacia fin de ese año. Concuierda con ello el hecho de que Marcos Sastre se vio en la necesidad de cerrar su librería, que se remató en febrero de 1838.

Los jóvenes protagonistas, que tuvieron su participación más notoria en las reuniones, conferencias y debates, vieron esfumarse el escenario que proyectaba sus patrióticas actividades. Era natural que no pudieran permanecer ociosos y pensaran en otra vía para vehiculizar sus ideas y proyectos.

Así nació la revista *La Moda*, cuyo título distaba de ser original. En la edición facsimilar, realizada en 1938 por la Academia Nacional de la Historia, al cumplirse el centenario de su aparición, José A. Oría nos relata que Emile Girardin, en París, publicó a partir de octubre de 1829, una “revista de modas”, con igual título. Habrían colaborado en ella nada menos que Eugenio Sué y Honorato de Balzac, entre otros. El órgano periodístico debió ser vendido por cuestiones económicas y, durante el imperio, dada su actitud opositora, fue suprimido en 1854. El frívolo título no pudo con el gobierno autoritario.

2. Los redactores.

En esta aventura periodística, además de Alberdi, participaron Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, Demetrio Peña, Rafael J. Corvalán, Jacinto Peña, Carlos Tejedor, Carlos Eguía, José Barros y Nicanor Albarellos. Nos sorprende no encontrar el nombre de Esteban Echeverría. Es probable que, para él, la frívola –aparentemente frívola- revista, no merecía su adhesión, aunque también es posible que el encabezamiento “¡ Viva la Federación!”, no colmara su ideario político. Tampoco intervino Marcos Sastre.

Algún estudioso ha calificado a los redactores como “muchachos reformistas y regeneradores”.

El primer número apareció el 18 de noviembre de 1837 y su vida ciudadana se perfiló hasta el 21 de abril de 1838. En total fueron 23 números, que veían la luz semanalmente los sábados.

La modesta revista tenía como encabezamiento tres palabras que enunciaban, en ese período rosista, la consigna de la hora entre signos de admiración:

“¡Viva la Federación!”. Además de su título “La Moda”, se describía como “Gacetín semanal, de música, poesía, literatura y costumbres”. Anunciaba que se vendía en la propia imprenta “Independencia”, calle de Chacabuco núm. 19, de la ciudad de Buenos Aires, en la librería de Marcos Sastre, en Stedman, en Balcarce y en Mompíe. El primer número contenía un prospecto, breve relación acerca de su contenido, y artículos referidos a las últimas modas francesas, vestidos de hombres, modas porteñas, costumbres y cartas sobre música. En la última página figuraba la música de un minué firmado por Figarillo. Dichos artículos no tenían firma y se atribuyen al propio Alberdi, Juan María Gutiérrez y Demetrio Peña.

El editor responsable era Rafael Corvalán, hijo del edecán de Rosas. Probablemente, el apellido servía de pararrayos ante el gobierno porteño. En el número dos, el pie de imprenta dice “Imprenta de la libertad”.

Por cierto, el seudónimo utilizado por Alberdi, “Figarillo”, recordaba a Mariano de Larra, el cáustico escritor romántico español, que se denominaba “Fígaro”. Alberdi, por modestia –según lo expresa- prefería el diminutivo.

3. El plan de La Moda.

Es recién en el número cinco, fechado el sábado 16 de diciembre de 1837, cuando Alberdi publica –diríamos su editorial- firmado como Figarillo, con el título de “Mi nombre y mi plan”. Obsérvese que no dice “nuestro”. El tucumano, sin circunloquios, marca la paternidad de la idea. No sin cierta inmodestia insiste luego en darnos las razones por llamarse Figarillo y añade: “yo soy el último artículo, por decirlo así, la obra póstuma de Larra, y por supuesto, debe tener toda la debilidad de las obras hechas en medio de la laxitud que precede a la muerte”. Por último, en la parte final de la segunda página (de las cuatro que constituyen la revista) explica su plan: alega ser hijo de español e imita y copia rutinariamente a su padre, quien, a su vez, se ocupaba de alabar a sus abuelos, recomendar sus tradiciones y respetar lo que el tiempo ha respetado hasta remontarse al primer padre Adán, “por lo cual – afirma- los españoles y desendencia (sic) siempre hemos tenido horror al *árbol de la ciencia*, de que no seremos nosotros, a buen seguro, los que volveremos a comer el fruto”.

En verdad, el plan enunciado no es sino una sarcástica e irónica humorada, digna de Larra, agravada por la hispanofobia, que, en mayor o menor medida, había contagiado a la generación del 37.

4. Los temas.

La lectura de los veintitrés números de la revista, con sus distintos artículos, de diversa mano, permite, no obstante, extraer algunas conclusiones. Un método para lograr nuestro propósito es ir tras de temas fundamentales, que denoten la orientación asumida por los jóvenes, susceptible de revelar las características de la escuela que los convoca. Desechamos así la alternativa de internarnos en ella a través del comentario de los autores singulares.

4. 1. *El tema social.*

Para ello, hemos fijado la atención, en primer lugar, sobre la **misión del hombre**, con que se abre el estudio de la sociedad de la época. En un artículo que se atribuye a Carlos Tejedor, titulado “Una hora de la vida” (núm. 19 del 24 de marzo de 1838), se proclama firmemente que el hombre no vive aislado y que, consecuentemente, en la vida social tiene una misión que cumplir. De ahí la importancia primordial que tiene la elección de la tarea que cada uno debe desempeñar en el seno social. Esa elección debe realizarse de manera cabal en condiciones de *libertad*. Sin ésta el hombre no se realiza plenamente y ella se logra tras una tremenda lucha que los pueblos aspirantes pueden obtener con mucho sacrificio. El destino de los “jóvenes talentos” es “ser soldados ardientes de la humanidad: su gloria no abolir jamás en sus almas la conciencia de la Patria”. Fijado el pensamiento medular, el autor recuerda que “en todo el mundo ha sido inevitable un duelo eterno entre la tradición y las innovaciones, entre la quietud y el progreso”. La meta sólo se encuentra luego de una infatigable y dura lucha. Como ejemplo, la historia muestra que “Sócrates no entronizó la verdad en la religión pagana, sino a costa de su vida. ¡Y Jesu Cristo (sic) mismo fue crucificado por los hombres!”. El broche de oro es el concepto burilado en orden a sostener que toda misión humana es una **misión social**.

Estas ideas son comunes a todos los jóvenes que constituyen la generación del 37. Esto es, el hombre no debe ser considerado sólo como un individuo sino en cuanto es un elemento fundamental en la vida social; la libertad es la condición inexcusable para que pueda cumplir su misión; cada sociedad organizada es parte de la humanidad que marcha incuestionablemente hacia el progreso, sin olvidar sus tradiciones; y es propio de los talentos saber interpretar su destino, rehuir el quietismo y contribuir al avance progresivo de la sociedad de la que forman parte.

Siguiendo un derrotero de la misma laya, Juan María Gutiérrez (núm. 23 – último- del 21 de abril de 1838) escribió un artículo titulado “El hombre hormiga”, que se reprodujo en *El Iniciador* Montevideo (1939) (según A. Zinny hubo una tercera publicación en la *Revista del Río de la Plata*), que desnuda los defectos humanos, al mismo tiempo que descubre la falta de ideas políticas y sociales genuinas de una gran parte de la población de todos los tiempos.

El hombre hormiga es el hombre mezquino; se distingue por su espíritu mercantil; es un “Hombre-azogue en el perseguir la plata”; y “entierra el producto en la alcancía”. Se dedica a los oficios menudos. Generalmente no estudia ni le interesan los libros. “El padrino y la madre le repiten a menudo: *fortuna te dé Dios hijo, que el saber de poco vale*, que como la fortuna es ciega tropieza más veces con los cuitados que con los hombres de pró”.

Pero quizá el defecto mayor que el Hombre Hormiga tiene es el de *no tener opinión política*, “*ni sigue más bandera que la del remate*”. “El hombre hormiga no tiene amigos; su amigo es el peso; sus enemigos son sus semejantes, los otros hombres hormigas. El Hombre hormiga no tiene conciencia, ni moral, ni patriotismo; hipocresías. Apenas habrá otro ser más inútil y perjudicial a la sociedad, si se exceptúa al pulpero genovés”.

Por las citas que hemos escogido, el hombre hormiga es –repetimos- mezquino y calculador. Su único Dios es el dinero, la hipocresía su norma de vida y el egoísmo su conducta social.

Tampoco se salva de la crítica la juventud de la época, como cuando dice, por ejemplo que “joven y calavera son sinónimos”, aunque, no obstante, considera que la “juventud es la más grande novedad” de esos tiempos. Por lo demás, se da por supuesto que, incluso la juventud, tiene una misión que cumplir. Pero –obsérvese- la misión es siempre una *misión social*, que, igualmente, tienen las niñas.

Recorriendo los diversos artículos, el lector, poco a poco, toma conciencia del panorama social que los jóvenes del 37 describen, revelando la concepción que tienen acerca del pueblo de la época, del hombre, de la mujer, de los jóvenes, etc. . En el número 5 (de fecha 16 de diciembre de 1837) nos encontramos con un breve artículo de Jacinto Peña dedicado “*Al Bello Sexo*”, donde el autor se pregunta si en este siglo de progreso la mujer ha de permanecer *estacionaria*. Él mismo se contesta: “la muger (sic) está destinada a llegar en este siglo de nivelación, a su verdadera condición social”, es decir, se igualará con el hombre. Sostiene que el éxito depende de ella misma y todo dependerá de su educación. Deberá dejar de lado la frivolidad, superar una educación “añeja y viciosa”; deberá abandonar la ociosidad mental a la cual estuvo condenada. Proclama que la instrucción es el “verdadero camino de la virtud” y, por lo tanto, por esta vía llegará “a la altura del hombre”. El destino de la mujer dejará de ser degradante y podrá unirse al hombre de manera indisoluble, para ser cada cónyuge digno del otro.

Así como se ocupó de la misión social del hombre, Carlos Tejedor se plantea también la **misión de la mujer americana** (núm. 19). Si la sociedad, con la generación del 37, generación nueva, inteligente y ávida de conocimientos, se ha entregado con fervor a las doctrinas progresivas del siglo XIX, cabe pensar que la mujer debe acompañar al hombre en su marcha hacia la perfección. Grave error es pensar que el hombre es un ser superior a la mujer. Ésta es,

igualmente, un ser talentoso, además de tener como atributos esenciales el buen gusto y la delicadeza.

Las diferencias que han mantenido a la mujer como ser inferior son producto de la educación. Se ha desconocido su verdadera naturaleza; se la ha alejado de toda ocupación seria y se la ha arrojado a la vanidad, a la frivolidad y a la coquetería. La mujer americana, la hija de la “República ¿ vivirá en la ociosidad, en la molicie, como la mujer aristocrática?” La respuesta salta con énfasis: “No, su misión es otra. Destinada a formar las costumbres de una nación nueva, deber unir la sencillez a la elegancia, debe aspirar al desarrollo completo de todas las facultades con que la ha dotado la naturaleza”. Dejo el autor expresarse libremente: “Llamada a llenar las obligaciones de esposa y madre , vele, presida los deberes domésticos, dirija la primera educación de sus hijos; inculque en sus tiernos corazones el amor a la Patria; colme de delicias la vida del compañero de su suerte. Pero esto supone un talento desarrollado, una razón cultivada. Entonces la muger (sic), es un ángel tutelar, el ornato, el encanto de la sociedad; su conversación es mil veces más seductora, su imaginación más viva, su corazón más sensible, su amistad más tierna, su amor más fiel. Tal debe ser la muger (sic) Americana”.

Hay reiteración e insistencia en el tema de la mujer. En el número 9 (13 de enero de 1838) Jacinto Peña vuelve con el título de “Al Bello Sexo” a expresar que “debe emprenderse una reforma de la educación que la eleve –se refiere, por supuesto, a la mujer- a su verdadera posición social”. Como se reitera, la educación debe cumplir su cometido respecto de la mujer, pero ella misma debe esforzarse por alejarse de las ocupaciones frívolas y empeñarse seriamente en ese afán superior. Expresa el autor que la sociedad entera y los hombres la han tenido sumida en un envilecimiento y en vicios tan antiguos como el mundo.

Generalmente, el destino buscado por los padres no ha pasado de ser una “colocación”, de un casamiento “mercenario”, una venta a quien más tenga o a quien más dé. Con lenguaje duro y fuerte, Jacinto Peña, condena esa especie de “prostitución legal”, a que los padres someten a las hijas, “ligando sus destinos a hombres que si no detestan no aman. Las alternativas eran: privaciones, desamparo, si siguen la vía de la virtud o del lujo y la molicie, si siguen la del vicio.

¿Qué debe hacer, entonces, la mujer? Pues, debe prepararse para la vida y para afrontar todas las contingencias. En otras palabras, debe cultivar la inteligencia; debe *saber* y alcanzar la virtud, que sólo se logra con sabiduría e inteligencia; debe recordar que tiene también, como el hombre, *una misión social*.

El autor equipara, sin lugar a dudas, la mujer el hombre. Y lo dice claramente: “*Sois la mitad misma de nuestra sociedad*”. Y, aun, es más que el hombre porque vincula la familia a la sociedad y prepara a los niños para su futuro social. Y concluye sentenciosamente: “Romped pues la red de miserias que se os ha legado, y preparaos a llenar en todas las faces (sic) de la vida, en todas

las relaciones de la sociedad, la misión de paz, de amor, de caridad que os está encargada. Ascended, en fin, y tomad al lado del hombre el lugar que Dios os ha destinado en el Trono de la Creación”.

Hay todavía dos artículos: uno, en el número 16 (3 de marzo de 1838) con el título de “A las damas”, y otro, en el número 20 (31 de marzo del mismo año), titulado “Ventajas de las feas”. El primero, más bien, es una noticia para la mujer. Pareciera ser un anuncio publicitario, ya que tiene por principal objeto hacer saber al público femenino el “tirabuzón perpetuo”, algo así como un peinado artificial, que ha llegado a la plaza del peinado. El estilo tiene un matiz, entre jocoso e irónico. El segundo, debido a José Barros, se encabeza con el conocido dicho que “la fortuna de la fea, la bonita la desea”. El autor promete hablarles a las señoras y señoritas feas. En verdad, pese a la introducción teñida de cierto humor, el discurso tiene su costado profundo. Comienza con una crítica a los petimetres de la sociedad de aquel entonces, que no hacen caso de las feas porque simplemente la naturaleza no las ha beneficiado. Esto prueba que “se dejan alucinar de las gracias de un hermoso rostro”, sin penetrar en el “fondo de las cosas”. Ignoran que las feas tienen sus ventajas porque la mujer soltera y linda, en su deseo de agradar simplemente a los hombres, puede descuidar la adquisición de cualidades intelectuales y preocuparse sólo por mostrar su aspecto físico.

De acuerdo a lo que expresa el articulista, el lector se entera que, en la sociedad de la época, una **niña** hace su aparición en sociedad, desde la temprana edad de once o doce años. Si es bonita se ve inmediatamente rodeada de “adulones” y, lo que más frecuentemente ocurre, es el descuido de su “educación moral”. Pasa sus mejores años en “cuchuclear “ (sic) con los mozos y en “críticas y murmuraciones mezquinas con las de su edad”. Es indudable –enfatisa el autor- que una joven que se acostumbra a este ambiente no sabe, cuando sea mayor, “sostener medianamente una conversación cualquiera”, pues no habla sino de peinados, modas y de jóvenes buenos mozos. Con ello, y temas de esta laya, logra formar un “brillante cortejo de pisaverdes”. Si el acaso, por desgracia, enfrenta a estas jóvenes con la escarlatina y sus secuelas, se apagará la belleza y verán esfumarse la corte que las rodeaban.

La moraleja del asunto concluye por reconocer que la única belleza verdadera no es la física sino la moral, que la educación y la cultura forjan. Éste es el verdadero regalo del Cielo porque una persona siempre es apreciada por estas virtudes, virtudes del espíritu que ennoblecen al ser humano. El autor expresa que ésa es la felicidad que desea a las jóvenes argentinas, pues se halla profundamente interesado en ello. Lamentablemente, el “continuará”, que se escribe al finalizar el artículo no podrá ver la luz porque la revista está llegando a su fin, cosa que, muy probablemente, los redactores no habían previsto.

A Carlos Tejedor se debe un artículo titulado “La anarquía literaria”, sumamente duro, dirigido contra los **jóvenes ociosos**. “La ociosidad es para ellos como la toga viril de los Romanos. El reposo moral es toda su ambición”. Es –como se

lee- un dardo que tiene como destinatario a los jóvenes abúlicos, que no tienen ideas, ni se preocupan por tenerlas y que viven en la molición. Así, sin tener un blanco, es como se llega a la anarquía; es preciso conquistar de nuevo las ideas si se quiere tener una juventud inmortal. El impulso juvenil debe continuar la tradición de Mayo y cultivar las ideas, las ideas revolucionarias, las que son tan “invencibles como la libertad y el porvenir”. El artículo remata en un párrafo vibrante y conmovedor. He lo aquí: “¡Sois un pueblo y lloráis!, decía Madame de Staël a los franceses, a presencia del audaz guerrero que la desdeñaba. Sois jóvenes y amáis el descanso! Se nos podría decir a nosotros con más justicia: estudiemos pues: discutamos con sinceridad las opiniones filosóficas que propaga la civilización moderna, y la Patria nos deberá su gloria. No temamos su ingratitud. Ella recompensará con honores el sudor de nuestras frentes. Es aun muy joven para que su corazón no sea virtuoso”.

Al recorrer los diversos trabajos nos encontramos con un irónico tema. Se trata de “Historia natural”, subtítulo “Fósiles heteromorfos encontrados en las orillas del Río de la Plata” (núm. 20, del 31 de marzo de 1838), debido a la pluma de Nicanor Albarelos. Después de explicar lo que debe entenderse por **fósil**, desde el punto de vista etimológico, - lo que se existe debajo de la tierra se expresa que existen dos clases: los nativos y los heteromorfos (extraños a la tierra o extranjeros). Entre los últimos se hallan los fósiles de *fracques*, que podría dar base para una ciencia nueva: la *fracología*. Se encuentran en las orillas del Plata y se hallan tres variedades. Cada una de ellas tiene una característica propia, pero todas proclaman lo arcaico. Finalmente, el autor concluye con una frase que proclama la necesidad de sepultar a estos difuntos *fracques* para que la dignidad y la salubridad públicas no se vean ofendidas por la “presencia inmundada de tanto cadáver fracológico”.

En síntesis el autor, con una fina ironía, dirige sus dardos contra el **arcaísmo** de las ideas y de los hábitos enquistados en la sociedad y que, pese a los aires de Mayo, no se han renovado.

Y, finalmente, el propio Alberdi, a manera de editorial, en el número 18 del 17 de marzo, escribe un “Aviso”, que entraña una ampliación a las explicaciones referidas al plan de publicaciones. Su materia permite conjeturar que la revista habría sido tachada de **frívola**. Diríase que es una defensa del espíritu de la publicación, ya que proclama la ausencia de la mira lucrativa y la define como ejemplo de pureza que sólo se interesa por el *bien público*. La frivolidad es mera apariencia; la revista procura ser “la aplicación del pensamiento a las necesidades serias de nuestra sociedad”, porque “la más frívola de sus chanzas llena un objeto serio”. Y, por sobre todas las cosas, el objeto jamás es personal, sino público. Los **jóvenes redactores**, empeñados en la publicación, encarnan el nuevo espíritu de una sociedad vieja, que se resiste a los cambios. Y no sólo eso: los jóvenes son parte de una sociedad “que se critica a sí misma”. “Es el joven Buenos Aires que se levanta sobre el Buenos Aires viejo”. La oportunidad le sirve para anunciar que la revista dobla el número de páginas (dos pliegos, con las tapas y el mismo precio anterior).

El propósito de los jóvenes redactores es dirigirse a las niñas, a los jóvenes, a las señoras, a las personas de toda edad, para que lean los trabajos

insertados en la revista. Con ello el día menos pensado “se verán con la inteligencia de las ideas y de las hábitos más propios de este siglo”. Y, muy alberdianamente, el autor sintetiza así su pensamiento: “...instruir instruyéndonos nosotros mismos, los unos leyendo los otros escribiendo: de todos es el deber: los lectores no están menos obligados a llenarle que nosotros. No se trata sino de una obra patriótica en que los lectores pagan la imprenta, y los escritores la redacción: el trabajo es común, la utilidad toda de la patria”. Por último, Alberdi confía en que *La Moda* concluirá por ser un papel popular, una enciclopedia para el pueblo.

4.2. *El pueblo.*

A continuación, en el mismo número 18 (del 17 de marzo de 1838), sigue otro artículo de Alberdi que tiene como título genérico “Boletín Cómico”, pero que se subtitula “Un papel popular”. Es también un trabajo que tiene por objeto defender la actitud del medio periodístico.

Pareciera que la publicación se ha visto ante una alternativa: dirigirse al pueblo o a la clase ilustrada. Tanto los críticos como los jóvenes parecen estar de acuerdo con una apreciación social: existen dos clases, una ilustrada; la otra, que abarca la mayoría, no lo es. En verdad, ésta verdaderamente es el pueblo, es la masa inculca..

Alberdi se esmera en la tarea, si se tiene en cuenta que el artículo es muy extenso, pues cuenta con más de siete columnas. Su análisis nos pone de relieve qué entienden los jóvenes redactores por **pueblo**. Para tal fin hace, a su vez, un estudio –de acuerdo a lo que él entiende por pueblo- y, para ello, se dirige a cuatro personas, representativas de las que más abundan en la clase social popular. Es un “pueblo en miniatura”. A todos se les dirige la misma pregunta: ¿de qué debe ocuparse un periódico?

La primera en responder es una *mujer*, quien afirma categóricamente que un periódico debe ocuparse de cosas buenas. Para ella la filosofía y la política no son cosas buenas. Éstas son las “cosas comerciales”, los géneros nuevos que están de moda, los paseos, las personas, las tertulias, las rencillas y los acontecimientos familiares como casamientos, partos y bautismos.

El segundo consultado es un *zapatero* y su respuesta no se hace esperar. Las cosas esenciales para la sociedad son las pieles curtidas y los betunes. Sin ellos no hay zapatos y sin zapatos el pueblo se resfría y corre peligro de muerte. Además, el buen zapato hace elegante a la persona.

El *pulpero*, tercer personaje interrogado, se pronuncia por la libertad absoluta de comercio. Éste debe ser el tema de constante y permanente preocupación. La libertad de comercio significa que nadie debiera ocuparse de averiguar si se vende agua por aguardiente o cicuta por yerba. Cualquier intromisión no hace sino coartar la plena libertad de comercio.

Para el *tendero*, a su vez, un periódico no debiera hablar de zonceras y cosas extravagantes. Por ejemplo, ocuparse de hablar de un señor Byron, Kant o Leibnitz, que nadie conoce. Tampoco usar palabras extrañas, como ésa de la “frenología”, que mejor hacen frenos los ingleses y para tal cosa no se necesita

ciencia. ¿Qué es eso de hablar de materialismo, espiritualismo. El bien del país consiste en que haya orden y mucha plata. Los versos, la ciencia y las ideas no nos aportan mucha plata ni constituyen el bien del país.

El gran inquisidor, no obstante, no se da por satisfecho con esta excursión y social y, para ampliar su horizonte se dirige hacia el sector más ilustrado de la población y le pregunta a un *anciano letrado*. Es un hombre antiguo, ejemplar ya casi desaparecido, pero que aun goza de autoridad legislativa. No ha tenido noticias acerca de las universidades de Charcas o de Córdoba, focos de cultura donde se educan hoy las nuevas generaciones. Para él “nada de economía política, ni derecho público, ni ciencia administrativa, ni política, ni moral, ni filosofía, ni historia, ni literatura, ni filología, ni medicina legal, ni manías comerciales y marítimas, ni estadística, ni geografía, ni *geometría, ni cálculo, ni griego, ni francés, ni inglés, ni alemán, ni nada, por supuesto de ciencias físicas y naturales, pero sí ciencia legislativa, canónica y teológicas. Éstas últimas son las verdaderas materias dignas de estudio; aquellas otras son novelorías.*

De esta manera, don Hermogeniano se despacha a gusto contra los tiempos nuevos, pues ahora los mozos, todo lo discuten y no aceptan lo que les dicen sus maestros. “Al instante –continúa- le salen a uno con su Locke, su Condillac, su Kant”. Cualquiera cree que a los veintiún años ya son ciudadanos y tienen derecho a “meter sus mocosas manos hasta en los asuntos de gobierno y de estado”. Sí, señor redactor: mejor es que usted nada escriba porque “ninguna falta hacen al público los papeles periódicos”. Y para muestra vale citar la respuesta que dio el “sabio Polignac en su informe al Rey, que produjo las ordenanzas de Julio, en Francia: -“En todos tiempos los papeles periódicos han sido, y de suyo no pueden menos de serlo, un instrumento de sedición y desorden””.

Figarillo (Alberdi), después de estas indagaciones, celebra que –en definitiva- la mayoría de la población tenga preferencia por los papeles periódicos, si bien es cierto que cada uno de los opinantes tiene una visión muy singular y unilateral del problema. Es de todo punto de vista evidente que Alberdi rechaza con vehemencia a los letrados e ilustrados de antiguo mirar y prefiere a los humildes artesanos, a los comerciantes, a los pulperos y a la mujer como mejor adaptados a la realidad de la vida.

El pueblo está formado por gente – nos dice- que “no sabe ni piensa”, pero es “el legislador infalible que nosotros escucharemos y seguiremos: es la suprema luz”. Añade –y no debe ser pasado por alto- que ese pueblo, debe ser considerado solamente “en el sentido numérico”. Los sabios ilustrados son pocos y los comerciantes, tenderos y zapateros son miles. La conclusión alberdiana es que “todo debe ser hecho por los tenderos, los pulperos, los zapateros y las mugeres (sic)”. Ellos son la “muchedumbre y la muchedumbre es el pueblo: la ignorancia es su título de soberanía y de infalibilidad”. El razonamiento con que apunta el constitucionalista le lleva a pontificar: “Constituir un soberano, esto es, un pueblo, no es acumular ideas y virtudes, sino acumular cuerpos; porque la soberanía es cosa material y no inteligible”. Discutible afirmación que es lanzada con asaz audacia.

Así, Alberdi, afirma y reafirma que la soberanía del pueblo es un dogma inmortal. Pero ese pueblo es como un niño que debe ser instruido, al que no puede consultarse en masa. He aquí, el *busilis* de la joven generación del 37: el tendero, la mujer, el zapatero, el pulpero “no tienen voto en la materia, porque son masas”. Merecen que uno escriba para ellos “sin hacer caso de lo que digan”. Definitivamente, el sufragio no es para ellos. Al voto universal aun no le ha llegado la hora.

Para mostrar lo categórico de la postura debemos citar textualmente un párrafo más. (El pueblo “es todo, y todo para él ha sido destinado. Pero el pueblo, y debe distinguirse esto con cuidado, por que es capital –el pueblo no interrogado en sus masas, no el pueblo multitud, el pueblo masa, el pueblo griego ni romano, sino el pueblo representativo, el pueblo moderno de Europa y América, el pueblo escuchado en sus órganos inteligentes y la virtud. Las masas son santas, por que son el cuerpo del pueblo, digámoslo así, ellas mueven también, sostienen, edifican, siguen, pero no legislan, no inician, no presiden. No deben ser consultadas directamente en altas materias, porque *carecen de la conciencia de sus altas necesidades* (la cursiva es nuestra”).

En buen romance, la masa es soberana pero no vota ni legisla. Ella sólo debe expresarse a través de sus órganos inteligentes y legítimos. Y esto debe ser obra de los jóvenes ilustrados y modernos.

El pensamiento político de la generación del 37, en este tema, tiene su manifestación clara y categórica en esas líneas. Alberdi pareciera ejercer un indiscutible liderazgo en las ideas fundamentales del sistema político. Por otra parte, Echeverría –que no escribe en el periódico- profesa la misma tesitura, que es manifestada en sus escritos.

4.3. *La democracia. La igualdad. La libertad.*

En el número 3, del 2 de diciembre de 1837, se inscribe un artículo denominado “Modas de señoras”, debido también a la pluma de Juan Bautista Alberdi, subtulado “Peinados”. Todo ese fárrago de nombres no sirve sino para disfrazar el hecho que el autor quiere subrayar, esto es, que el país está afectado por la característica de la indecisión. No tenemos principios, ni reglas para adherir a modas, como no las tenemos en los asuntos públicos. No tenemos modas dominantes y no tenemos principios para escapar del caos que nos envuelve.

Sin embargo, hay un *faro*, que debe guiarnos y, aquí, Alberdi asegura textualmente: “la legislación, la moralidad, la educación, la ciencia, el arte, lo mismo que la moda, es la *democracia*”. Este “gran hecho americano”, ha permitido a Tocqueville dar cuenta de “todos los fenómenos sociales que presentan los Estados Unidos de Norte América”. Alberdi, que no había alcanzado a conocer la obra del autor francés cuando escribía el *Fragmento*, - ahora abraza con absoluta convicción las claras descripciones con que explica

la homogeneidad del pueblo del norte, por medio del principio de la *igualdad* de clases. Oigámosle: “La democracia resalta allí tanto en los vestidos y en las maneras como en la constitución política de los Estados”. Lo bueno y lo bello viven siempre aliados. Lo que es simple, lo que es sobrio, lo que es modesto, es democrático. Acude Alberdi al autor de *Julia* (novela de Rousseau, que leyera en la adolescencia) para esculpir de manera definitiva la idea, y, merced a ello, decir que “lo bueno no es más que lo bello, puesto en acción”.

Los comentarios de las obras literarias, también le sirven de pretexto a Alberdi para hacer nítidas alusiones a los asuntos políticos. En el número 7 del 3 de enero de 1838, al referirse a un drama de Casimiro Delavigne, representado en París, le impulsa a festejar *lo nuevo*, que incluye al arte nuevo, al arte socialista, democrático.

No debe olvidarse que el vocablo “socialista” tiene una connotación referida a lo social, alude a la sociabilidad del hombre, así como el vocablo “democrático” implica una significación que dista bastante de la de nuestros días.

La insistencia de la revista en la adhesión a la democracia es constante y reiterada en muchos artículos. Para citar uno más, podríamos hacer pie en el titulado “Qué me importa!”, título que habría hecho referencia a una exclamación muy gastada por los porteños de la época y que evidenciaba el desinterés por las cuestiones serias de los “tiranos insolentes” (alusión a Rosas?), de los “jueces corrompidos” y de las “mugeres que han perdido el pudor”. En efecto, en el número 21 del 7 de abril de 1838, se le adjudica la mencionada expresión a los viejos y jóvenes, varones y mujeres, que la repiten, especialmente, cuando la vida se siente agitada por tormentas políticas. Ello le permite decir al autor: “¿Cree usted que la democracia es un *ridículo* de vieja en que todo puede ser mezclado? Hace 29 años que nos proclamamos demócratas. Y en verdad no hemos hecho después cosa que valga la pena”.

Si meditamos acerca de lo que se desprende de las palabras y del espíritu de la época, si bien el sentido etimológico del vocablo democracia significa el gobierno del pueblo, advertiremos que –en la inteligencia de los jóvenes del 37- era la clase ilustrada la que debía gobernar y hacer las leyes. Ellos se definían como jóvenes, revolucionarios y progresistas; sin embargo, el pueblo –entendido como una pluralidad o conjunto masivo de personas comunes y humildes- no debía elegir directamente a los gobernantes ni hacer las leyes. Era la clase ilustrada la que debía interpretar sus reales necesidades y proceder en consecuencia, la misma que elegía a los gobernantes y sancionaba las leyes.

¿En qué estriba la diferencia con regímenes monárquicos y absolutistas? Precisamente, en que el pueblo era tenido en cuenta; se debían estudiar sus necesidades y proceder a satisfacerlas. En tiempos pretéritos, los gobiernos absolutos procedían solamente de una clase llamada superior (noble) y gobernaban atendiendo primordialmente a sus propios intereses y prescindiendo, en general, de las genuinas necesidades del pueblo.

La igualdad se refería a que **todos** debían ser considerados ciudadanos, habitantes del mismo país, con los mismos derechos. No obstante, no existía el sufragio universal, ya que los analfabetos, las mujeres, los indigentes, no estaban considerados con capacidad suficiente para **ejercer** esos mismos derechos. Merecían que los intérpretes se hicieran cargo de ejercerlos por ellos. El concepto de igualdad –para la época- era la de una igualdad relativa. Si bien se había dado un gran paso, aun la lucha sería larga y sólo –al llegar al siglo veinte- la situación se equilibraría.

Todo lo dicho no impide que los jóvenes del 37 cantaran loas a la libertad. En forma breve, Carlos Tejedor escribe (núm. 13, del 10 febrero de 1838) un exquisito artículo que empieza con las siguientes palabras: “El hombre no es un ser taciturno como el pájaro de la noche”. Tan alambicado comienzo quiere ser un homenaje a la *conversación*, que, en definitiva, le caracteriza. Extremando la síntesis hallamos una loa al “Creador...cuya hija más bella es la **libertad**”. Y con ello coloca a la mujer y la joven entre “Dios y el hombre, entre el supremo bien y las miserias de la vida”. La mujer es rescatada a medias. Pero la masa...la masa...ya es otra cosa. La libertad no debe germinar en una “maquiavelismo dócil”, sino en el amor a la virtud, en el genio que brilla en la sociedad y la filosofía. Para el autor, el regusto de la filosofía y de los antiguos se patentiza con la cita de Catón, Heráclito y Demócrito. Las nociones fundamentales de la Historia de la Filosofía, fueron patrimonio común de los jóvenes del 37, que se consideraban como una clase ilustrada, apta y digna para ser cofundadores de un país y asumir su dirección.

4.4. La República.

Además de considerarse democráticos los integrantes de la generación del 37, gustaban aludir a sus “costumbres y principios republicanos”.

Vicente Fidel López, en el número 19 del 24 de marzo de 1838, a través de un diálogo imaginario entre un español de antigua prosapia y una persona nativa, proporciona materia para comparar la educación que se da en España y la que se imparte en el país a la juventud. Por cierto que el español se muestra contrario a toda innovación, a que los hijos sepan más que sus padres y achaca todos los males del país a ese afán revolucionario.

Los argumentos del hijo de estas tierras, por boca de Vicente Fidel López, hacen hincapié en la democracia representativa, en la república, en la educación sobre la base de esos principios, en las ideas del siglo, en el continuo progreso intelectual, en el sentir y en el pensar de las naciones más cultas de Europa, que lo son la Alemania, la Francia y la Inglaterra. Luego, se pregunta si con la educación que recibe un joven español puede ser “un miembro útil en una República representativa, en que del simple rol de ciudadanos son llamados los hombres a ocupar la silla de la primera Magistratura, y a desempeñar los empleos más distinguidos”. Reprocha en lenguaje vehemente y duro, todo lo que es viejo, gótico, español y antiliberal. Sostiene que para ese mundo antiguo ninguna importancia ha tenido la existencia de pensadores como Pascal, Locke, Leibnitz, Bolingbroke, D

‘Alembert y otros genios. Firma este artículo “El Regañón”, que, según se asegura, pertenece a Vicente López.

El joven Vicente López continúa con el mismo tema en el número 20, de fecha 31 de marzo, bajo el título de la “Importancia del trabajo intelectual”. La diatriba contra la educación española prosigue y se llega a decir que “desde la conquista hasta nuestra emancipación, la España ha estado como muerta para los trabajos intelectuales”. Las masas españolas tienen como rasgo característico el orgullo y la vanidad; desprecian y combaten la ilustración y el espíritu nuevo; resisten con una “tenacidad estúpida el gobierno constitucional”. Aunque no lo dice con estas palabras, se abomina de todo gobierno democrático y de toda república representativa.

En ese mismo ejemplar, Alberdi, en una de sus incursiones literarias, expresa que Dante “hizo su deber: aceptó como buen republicano, lo que el pueblo, omnipotente en todo, había sancionado”. El elogio de la República se repite en cuanto compara el habla porteña (del pueblo de Buenos Aires) con el habla de Madrid. Afirma que el “estilo es el hombre” y que nuestra juventud independiente y ávida de progreso, acaba de comprender que “el castellano de Madrid, no será jamás el castellano de Buenos Aires”.

Es indudable que hay un lenguaje severo con relación a la vieja España. Sin embargo, no ocurre lo mismo cuando se habla de Mariano de Larra. Éste representa el espíritu de la *Joven España* y recibe todas las loas. Es el Cervantes del siglo XIX, según lo ensalzan los *críticos* literarios del Plata.

En el número 21 del 7 de abril de 1838 se transcribe un artículo titulado “Espíritus positivos”, que concluye en el siguiente número 22. Por su estilo y por sus citas (Larra, Fígaro, Lerminier) creemos que pertenece, sin dudas, a Alberdi. En dicho trabajo, el autor se proclama “hombre de la república”, “hombre tan libre como la libertad misma”, y hace profesión de “hombre nivelado...”

El punto de partida, no obstante, se caracteriza por admitir que, entre los hombres, se dan diversos puntos de vista: Hay *espíritus positivos* y *espíritus especulativos*. Uno de ellos –para regocijo de los que se alegran cuando Alberdi menciona al filósofo alemán- se ha encarnado en Hegel porque es “trascendental, idealista, notablemente especulativo y abstracto”. El otro, es Niebuhr porque es representante de la erudición histórica que se concretiza en el individuo y en lo positivo. Y, luego, una sorprendente revelación. El autor no quiere referirse a ese positivismo sino a lo que Larra denomina *espíritus sólidos, raíces, patatas* y que el tucumano califica como *espíritu material*. Éstos abominan de la filosofía y no comprenden nada en el mundo. Pareciera, pues, según esto que el hombre que tiene dignidad nacional y personal, es el hombre especulativo, porque “no amar la abstracción, la generalización, es no sentir el deseo de poseer la llave de los hechos, la llave de la vida”....es –lo dice con énfasis- “animalizarse”. Después de una extensa cita de Lamartine, con unas metáforas grandilocuentes –de manera algo desconcertante, al

menos para nosotros- expresa que “los hombres positivos tienen su rango elevado en el mundo, y poseen la afección y las alabanzas de los hombres de genio. En comprobación de esto, citaremos aquí un célebre razonamiento, que, sin contradicción, es por sus colores, y sus perfumes, de la familia de las poesías de Platón, de Luciano, de Aristófanes y Montesquieu”.

Pero, evidentemente, lo que Alberdi quiere hacer es adherir a Jouffroy, pensador francés a quien sigue, cuyo fenómeno hemos puesto de relieve en otro estudio. Aquí, le recuerda en una muy extensa cita, para cerrar su artículo sin otro comentario, diciendo: “El filósofo poeta que habla a favor de los hombres positivos, y los defiende, es un hombre de nuestra época, es M. Jouffroy”. El pensamiento expuesto por este pensador tiene un movimiento de vaivén, pues nos habla del hombre positivo como perteneciente a una clase “extremadamente recomendable, elemento útil de la sociedad, pero siempre la menos apta tal vez a discernir en las ciencias la verdad del error”. No obstante, más adelante agrega que “lo que caracteriza a los hombres positivos, es de no ver y no comprender sino lo que todo el mundo ve y comprende claramente y de no tener y no reconocer por verdadero más que eso; ellos imponen a la ciencia los límites de los espíritus comunes”.

Más adelante abunda en su tesis y sostiene que para el espíritu positivo “los hechos intelectuales y morales y todos aquellos que la conciencia descubre en nosotros, son para ellos quimeras”. Y finaliza así: “Ellos tienen por cuentos de vieja todos los productos de sus facultades. Un volumen de Lamartine, un diálogo de Platón, una memoria de la Academia de instrucciones, una fórmula de Laplace, un paisaje de Poussin, una bella página de historia, son a sus ojos bagatelas que pueden muy bien divertir a hombres excéntricos, pero que no ofrecen nada de sólido y que merezca ocupar a un espíritu positivo. Los canales, las máquinas de vapor, la renta corriente, la industria, la agricultura, el comercio, todo lo que vale y se vende, he ahí lo que tiene realidad e importancia”.

Jouffroy –a los ojos de Alberdi- sigue gozando de gran predicamento metafísico, tal como lo califica en el *Fragmento*. Entendemos, luego de la lectura del trabajo, que lo que se quiere resaltar es, especialmente, la espiritualidad por oposición al espíritu materialista. Por otra parte, Alberdi no es un sostenedor de todo lo que es absolutamente abstracto. Se podrá ver en sus escritos futuros, en las observaciones que hará en ocasión de su primer viaje a Europa, *Veinte días en Génova*, cómo tampoco comulga con los filósofos abstractos como Hegel.

5. La literatura y el arte.

5.1. La idea de progreso y la sociabilidad.

En general, en Europa circulaban vientos propicios para impulsar la idea del progreso. Condorcet, Herder, Jouffroy, Leroux, para no citar sino algunos pensadores, profesaban un optimismo a toda prueba y se manifestaban firmes defensores del espíritu progresivo.

No otra cosa ocurría con los jóvenes de la generación del 37. La lectura de los artículos de la revista refleja la misma idea. Más precisamente, Condorcet había sostenido la idea del “progreso indefinido”. Leroux, por su parte, planteaba una “perfectibilidad indefinida”. Y ese principio era compartido por los redactores. Al hablar de literatura o de arte –véase el art. “Notas literarias. Del arte moderno” (núm 21)- el articulista concluye afirmando que “la razón de universal existencia, de vida infinita, es pues la musa del “arte socialista y *progresivo*”. En el brevísimo “Boletín musical” del número 2 –debido a la pluma de Alberdi- se dice que “una muestra cabal de la literatura socialista y *progresiva* es la de Larra. Y cuando escribe sobre “Víctor Hugo” (número 8) se atreve a expresar que es una “una estrella en el ocaso” porque hay un “divorcio entre la musa de Hugo y la sociedad que lo rodea”, “Todo fue reducido a forma””es la teoría del *arte para el arte*, teoría ruinosa”, “contraria al *progreso continuo*, a la fe: triunfo del individualismo aplicado a las letras, negación de la vida y de la unidad universal”.

Tanto en el pensamiento literario, como en el político y en el filosófico, afloran esas ideas que se cimentaron en Europa. Más arriba hemos escrito *sociabilidad*, para que el lector desprevenido no asigne un significado erróneo al término *socialista*.

El formidable polemista encarnado en Alberdi sostiene que el arte, como otros perfiles de la cultura, “debe estar en estrechísima intimidad armónica con el fin de la sociedad (número 9) y ese fin “es el *progreso, el desarrollo, la emancipación continua de la sociedad y de la humanidad*”. El arte se mueve cambia, no se estaciona, todo al tenor del cambio que experimenta la sociedad. Y, para concluir, Alberdi ubica a los pensadores ubicándose él mismo: “Así nos ha sucedido con los Schlegel, en literatura, hombres de arte y no de progreso y libertad; mientras que hemos acordado en todo punto con los juicios de Fortoul, de Leroux, de Mazzini, en literatura, como en todo, hombres más que de arte, de *progreso y libertad*”.

Los conceptos de esta naturaleza abundan en numerosos ejemplares de la revista. Los podemos consultar aun en el número 14 (artículo “Flujo”), en el número 17 (“Predicar en desiertos”) y algunos otros.

5.2. La literatura y los románticos.

La literatura fue el primer indicio visible de los nuevos tiempos y eso se advierte, tanto en Mazzini, en los europeos en general, como en el Plata. Aquí se dijo que la literatura debía emanciparse y se obró en consecuencia.

Es evidente, que los jóvenes escritores admiraban a los románticos. Alberdi y Gutiérrez, en la época del primer viaje a Europa, se entusiasmaban con Byron. Los románticos franceses fueron igualmente muy conocidos. Esteban Echeverría, a raíz de haber vivido cinco años en París, tenía una profunda familiaridad con el movimiento.

Sin embargo –y esto no deja de asombrar un poco- ellos proclamaban: “**no somos ni queremos ser románticos**” (ver núm. 8, 6 de enero de 1838). La afirmación es de Alberdi, que es quien escribe –según parece- todos los

artículos del número citado. Ahí, se dice también que Víctor Hugo, ya es viejo. Más precisamente: “es una estrella en el ocaso”, según hemos recordado.

Los jóvenes –y la garra de Alberdi es visible- se creían ya superadores de todo el movimiento iniciado o sostenido en el comienzo del siglo. Hablaban con convicción del poder de la **segunda creación**. Esto implicaba denominarse a sí mismos como generadores de cultura, de una nueva cultura.

Y, en todos estos caracteres, aparece la influencia de una pléyade de literatos y filósofos, especialmente franceses. Nos remitimos, particularmente para el caso de la filosofía, a nuestra obra *La filosofía en Alberdi* (Córdoba, Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales, 2ª. Edición, 2000) y *El primer Alberdi. La filosofía de su tiempo*, Buenos Aires, Astrea, 1989.

Pero, en alguna manera, el romanticismo tiñó el estilo de los jóvenes, a pesar de sus afirmaciones. Es probable, por otra parte, que el romanticismo, por estar en una etapa de madurez, ya no colmaban las aspiraciones literarias de los redactores de la revista.

6. La cultura de los jóvenes..

Los redactores de la revista ostentan una apreciable cultura universal y dan muestra de sus aplicadas lecturas; revelan, además, que han tenido buenos maestros.

Con respecto a la *Edad Antigua* se encuentran citados los filósofos Tales, Heráclito, Demócrito, Sócrates, Platón y Aristóteles. Es verdad que, de los milesios, se cita sólo a Tales y no Anaximandro ni Anaximenes; es verdad que, de los atomistas, se cita sólo a Demócrito y no a Leucipo. Los sofistas no son mencionados, como tampoco los estoicos y epicúreos. Tampoco es mencionado Parménides, no obstante que se lo recuerda a Heráclito. Es evidente que el devenir heraclítico se encontraba más cerca de una teoría del progreso que el estatismo parmenídico; de ahí la preferencia que ejerce el filósofo de Éfeso.

Por otra parte, no ignoramos que esas citas de nombres no nos dan toda la medida del conocimiento de las doctrinas de los autores. De cualquier manera se revela que están familiarizados con ellos.

En otro orden nos encontramos con los nombres de Homero, Píndaro, Aristófanes, Sófocles (aunque no Eurípides), Demóstenes. Por cierto, no podía faltar Pericles. También Virgilio, Horacio, Tácito, Luciano, Catón, Cicerón (aunque no Quintiliano).

La *Edad Media* no existe, salvo para hacer alguna referencia como sinónimo de atraso.

Al llegar a la *Edad Moderna* es evidente que, en materia filosófica, política y literaria, los redactores han frecuentado con mayor asiduidad a ciertos autores. Entre los franceses encontramos a Descartes y Pascal, sobre todo este último, muy citado. Por cierto, la Lógica de Condillac les ha sido enseñada por sus maestros y ellos han dirigido a él su atención, en desmedro de la lógica escolástica. Spinoza ha ganado una cita, como a quien no se quiere dejar de mencionar. Por lo demás, Bacon, Newton y Locke, entre los ingleses, hacen su aparición más que evidente, aunque no se menciona a los empiristas Berkeley y Hume. Sin embargo, sabemos que Florencio Varela, en carta a Juan María Gutiérrez, fechada en Montevideo el 1 de agosto de 1837, se refiere a Hume. También están presentes los racionalistas alemanes con Leibnitz y Kant. Un par de veces Hegel

Si nos aproximamos a los escritores que frecuentan materias políticas y rozan los problemas jurídicos, tenemos a Saint-Simon, Leroux, Lermnier, Jouffroy, sin olvidar a Rousseau, Diderot, Montesquieu, Mifrabau, D' Alembert y Tocqueville (de cuya principal obra había aparecido el primer volumen en 1835). Saint-Beuve es leído y les sirve de documento de trabajo. Y también Cousin y Quinet, que hicieron conocer la filosofía alemana en Francia.

Son abundantes las citas de los románticos y otros que no lo son, lo que demuestra el interés que la literatura había despertado entre los jóvenes. Simplemente hacemos una mención de nombres de manera desordenada y al correr de las teclas: Byron, que no podía faltar, igual que Larra, Voltaire, Montaigne, Boileau, Bossuet, Fenelon, Molière, Corneille, Beaumarchais, Víctor Hugo, Delavigne, el gran Cervantes y el gran Shakespeare, Mme. de Staël, Vigny, Lamartine, Chateaubriand, Walter Scott, Goëthe.

También integran la larga lista algunos científicos, especialmente franceses: Laplace, Lagrange, Cuvier, Buffón. El nombre de J.B. Lamarck no aparece, pese a que sus libros ya se han publicado en Francia.

La revista, que se propuso ser un gacetín de música, además de poesía, literatura y costumbres, según se confiesa, callando algunos temas quizá más espinosos, contiene una regular mención de apellidos notorios en el orden musical, como Rossini, Bellini, Donizetti. En cuanto a las doctrinas acerca del arte, cabe ver citados a Fortoul y a los hermanos Schlegel.

No existe mención de Cúneo, pero sí de Mazzini. Acerca de éste y del saintsimonismo, nos ocuparemos más adelante.

No se crea que con esto hemos incursionado exhaustivamente en los nombres propios. Algún economista, algún autor de textos y algún romanista han sido omitidos por nosotros. Y aun hay varios más, que no nos parecen importantes para nuestro propósito, pues creemos que con la relación efectuada el lector puede tener una apreciable noción del panorama cultural y la preferencia de los redactores.

Empero, no queremos dejar de aclarar que estas menciones de nombres -a veces simples menciones- de los redactores de la revista tienen un significado relativo. Por una parte, una simple mención no significa conocimiento acabado del autor. Por otra, es posible también que los miembros de la generación del treinta y siete hayan tenido en su mente un espectro de autores mucho más rico, que aquí no ha quedado reflejado.

A propósito de esto último, podemos acudir al ejemplo de Alberdi. Al escribir su obra *El espíritu de la música* (1832) menciona el nombre de Boecio, ausente aquí. En la *Memoria descriptiva sobre Tucumán* (1834) encontramos el nombre de Hipócrates, asociado a la teoría de los climas. En el *Fragmento* (1836/37) Alberdi cita personajes antiguos no mencionados en la revista, como es el caso de Licurgo, Dionisio de Halicarnaso, Epicuro, Quintiliano, Séneca, Marco Aurelio, Polibio y Plutarco, entre otros; y recuerda autores medievales, como Abelardo y Santo Tomás. San Agustín se halla también en sus menciones. Y, por cierto, Justiniano, como no podía menos de recordarlo un hombre que ha estudiado leyes.

7. Influencias más notorias.

7.1. Saint-Simón. Los saintsimonianos. Pierre Leroux.

Los jóvenes –llamados saintsimonianos por un sector de la población de Buenos Aires- no aceptaban, sin embargo, ese rótulo. Lo dice claramente *Figarillo* (Alberdi) en un artículo titulado “Boletín Cómico”, publicado en el número 18 del 17 de marzo de 1838, a propósito de la emancipación de la mujer. En otro lugar se ratifica: que no deseaban ser conocidos por esa calificación.

El problema es algo complejo. Veremos si podemos aclararlo en alguna medida.

El conde Henri de Saint-Simon había fallecido en el año 1825. Cuando se fundó la revista hacía, pues, doce años de su muerte. Ésta provocó un verdadero resquebrajamiento de su doctrina, de tal forma que, decir saintsimoniano merecía, acto seguido, formular alguna explicación.

Saint-Simon había viajado de su Francia natal a América del Norte para luchar por la independencia a las órdenes de Washington. De regreso, en el año 1802, publicó su obra *Lettres d'un habitant de Genève à ses contemporaines*, en la que sostenía que el progreso de la ciencia de su época implicaba una total transformación de las condiciones de la vida. No se trata de que se haya producido sólo una reforma política; lo que ha acaecido es una mutación total de la sociedad; ésta, en consecuencia, es fruto de la revolución científica, que nos conduce hacia un mundo nuevo.

Saint Simón gusta de hacer una tajante distinción entre las generaciones viejas y la nueva generación, sensible ésta a novedades y a un distanciamiento con la actitud estática de los gerontes. Los jóvenes redactores de la revista, por cierto,

se sintieron identificados con esta opinión y cantaron frecuentes loas al florecimiento de las novedades y al espíritu juvenil.

La tesis era audaz y revolucionaria y estaba avalada por los cambios que producían las industrias en Inglaterra. Hacia 1823 y 1824 la obra anterior fue continuada por el *Catéchisme des industriels*. El objetivo que se proponía que sus contemporáneos tomaran conciencia que era menester fundar una *ciencia social racional*, como fase previa a toda reforma política. En otra obra – inacabada ésta- expresaba que la nueva sociedad industrial debía ser más justa y progresiva que todas las advenidas hasta esa fecha y acentuaba que esa sociedad debía ser religiosa. Es decir, la revolución que avizoraba, tanto en Europa como en América, producida desde fines del siglo XVIII, era doble: era una revolución política y era una revolución industrial. Y, en ambas, se traslucía la conciencia de la importancia de la clase trabajadora. Todo ello implicaba también una revolución económica. Los regímenes económicos y el rol de las clases sociales debían, en el futuro, ser tenidos muy en cuenta.

Por otra parte, la propiedad inmueble, que desempeñaba una gran importancia en el pasado, debía ser revisada en su fundamento. Este estileto, formulado quizá de manera algo imprecisa, debía provocar una gran división entre sus discípulos.

En suma, sobre esas bases, se debía crear una nueva ciencia del hombre, perfilar un conocimiento racional de las leyes que regían las instituciones y tratar de comprender el devenir de las sociedades y, con todo ello, de la humanidad.

La aristocracia, que vivía en el ocio y era dueña de las tierras, debía ceder ante un *nuevo orden* que debía rehabilitar el trabajo, dignificar el trabajo social, lograr la paz entre los hombres. Por cierto, que las leyes debían adaptarse a este orden y ello debía ocurrir en todas las naciones del orbe. Inglaterra era la avanzada, pero tras ella debían marchar Alemania, Francia, Europa toda y el mundo. El fin que debía lograrse, en definitiva, era la **asociación universal de la humanidad**. Surgiría, así, un nuevo cristianismo y con él un nuevo humanismo. La culminación era religiosa.

No se podía negar que el programa era formidable. Los discípulos estaban azorados. Al producirse su muerte en 1825, se hablará de los “saint-simonianos”, pero los colores eran tan diferentes como las interpretaciones de la doctrina. Se fundaron periódicos, entre otros medios, para lograr adeptos y cada uno quería explicar sus proyectos, tal como los sentía.

Persistía, eso sí, la sensación de que las situaciones sociales y económicas debían atraer un particular interés. Los planes de desarrollo tenían aristas políticas, sociales y económicas. El mejoramiento masivo de las condiciones vitales de los trabajadores se tornaba una obsesión. La remuneración del trabajo asumía un carácter digno de estudio fundamental; el crecimiento económico se tornaba un imperativo categórico y la justicia social un estado

que se anhelaba con avidez. Las consignas menudeaban. Así surgió aquélla que preconizaba que debía darse “a cada uno según sus capacidades y a cada capacidad según sus obras”. Desde cierto punto de vista, el futuro marxismo estaba cercano.

Fue, entonces, en el frenesí de los programas y proyectos, que estalló la gran división. Esta escisión se produjo en el año 1832 y dio como resultado, por lo menos, tres ramas: a) el comunismo de Biard; b) el liberalismo; c) y el socialismo de Pierre Leroux. Dos o tres piedras del escándalo rondaban la tríada: la propiedad privada, la nacionalización de los medios de producción y la abolición de la herencia. La crisis se profundizó con Enfantin que propugnaba la supresión del matrimonio, la libertad de las relaciones sexuales y, en definitiva, una nueva moral.

Pierre Leroux representaba la línea que ponía el acento en la sociabilidad del hombre y se oponía a todo individualismo. Hemos dicho ya que el vocablo “socialismo” debe ser entendido como prioridad de lo social sobre lo individual y hace referencia a la **sociabilidad del hombre**.

En el año 1824 Leroux había fundado el periódico *Le Globe* que, con el tiempo leerían los jóvenes de la generación del 37 y, en el año 1831, se separa de los demás saintsimonianos, se pronuncia contundentemente contra las teorías de Enfantin y abraza una actitud republicana y católica.

Los jóvenes del 37, especialmente Alberdi, le siguen en sus lineamientos fundamentales: son republicanos, son “socialistas” (a la manera de Leroux), aceptan la doctrina del progreso y de la perfectibilidad indefinida, atacan al filósofo Víctor Cousin por su eclecticismo (escriben “eclectismo”, en una defectuosa traducción del francés) adhieren entusiastamente a la doctrina de la *solidaridad humana*, en un anhelo de que ella alcance a toda la humanidad y culmine en Dios. Por último, aceptan con énfasis la doctrina de la **asociación**, a tal punto que ésta será la primera palabra simbólica del *Dogma Socialista de Esteban Echeverría*.

Pero es inocultable, a pesar de la resistencia de Alberdi para identificarse con el saintsimonismo, que ha recibido cierto influjo a través de Pierre Leroux.

7.2. La acción mazziniana..

En el número 6 (23 de diciembre de 1837) aparecen las expresiones *Joven Alemania, Joven Francia, Joven Italia* y aun *Joven España* (es la España de Mariano de Larra), cosa que se repite en algunos otros números. (núm. 8, núm. 10; en el núm. 18, nos encontramos con *Joven Buenos Aires*). También puede leerse por ahí *Jóvenes italianos*). Pero Alberdi ya había descubierto el pensamiento de Mazzini al publicarse el número dos de la revista (15 de noviembre de 1837). Ese movimiento europeo, que representa un movimiento ideológico propio de la juventud, de raíz democrática (de acuerdo al sentir y al significado que el vocablo tenía en la época) y que perseguía la constitución de la nacionalidad, según el caso, tuvo gran difusión

en todo el mundo y, especialmente, entre nuestros jóvenes. En ese número dos Alberdi se ufana ostensiblemente de su descubrimiento y se proclama el primer comentador del pensamiento mazziniano en estas latitudes.

Con fundamento –así lo creemos- puede decirse que no resulta aventurado afirmar que la presencia de Gian Battista Cúneo en Buenos Aires, con motivo de la inauguración del Salón Literario, es probable que haya contribuido a la difusión del pensamiento filosófico y político de Mazzini. Por lo demás, Cúneo colaboró con Miguel Cané en la redacción de *El Iniciador* de Montevideo, pues todos difundían y admiraban la política liberal del patriota italiano.

Candido Salvatore, autor de la obra *Giuseppe Garibaldi nel Rio della Plata* (Valmartina, Editore in Firenze, 1972) sostiene que Cúneo colaboró en la empresa que intentó Garibaldi en las sierras de Río Grande (Brasil) en la que intervinieron nueve italianos y dos malteses y califica su accionar como la de uno de los periodistas más batalladores.

Garibaldi había participado en enero de 1836 en la acción *mazziniana* y revolucionaria que tuvo lugar en el Congreso de Río de Janeiro de la *Joven Italia*. Y, en 1836, se imprime el periódico *La Joven Italia* en la propia ciudad de Río de Janeiro.

El mismo autor mencionado sostiene que Cúneo era difusor de las ideas mazzinianas en Brasil y animador de la empresa corsaria de Garibaldi en 1837. En ese mismo año de 1837, Cúneo viajó a Montevideo y se puso en contacto con los hermanos Stefano y Paolo Antonini. Éstos, con Cúneo y otros italianos, serán, más tarde, los más activos sostenedores de la acción garibaldiana y de la Legión Italiana de Montevideo.

Volvamos a recordar ahora que uno de los asistentes a la inauguración del Salón Literario de Marcos Sastre (junio de 1837) había sido Gian Battista Cúneo, que se había corrido al efecto desde Montevideo a Buenos Aires. No resulta exagerado pensar que entre este vigoroso periodista y los jóvenes nuestros del 37 hubiera habido un provechoso intercambio de opiniones y que los temas mazzinianos hubieran estado muy presentes.

A mayor abundamiento, cabe destacar que los estados del norte italiano habían puesto la atención en el Plata. Es el caso del rey de Cerdeña, duque de Savoia y de Génova y Príncipe de Piamonte, que había designado a Marcello Pezzi, Agente Consular en Montevideo, circunstancia que se registró en la Chancillería de Relaciones Exteriores de Montevideo el 9 de octubre de 1834.

A esta altura se hace menester conocer en qué consistía el pensamiento y la acción desplegada por Giuseppe Mazzini, cuyo apellido aparece en la revista – como ya lo dijimos- a partir del número 2 (25 de noviembre de 1837), en un artículo que se debe a la pluma de Alberdi y que, se menciona a la par de los de Fortoul, Leroux, Beranger y de Quinet, para significar lo moderno y lo progresista en el mundo. Se vuelve a recordar a Mazzini en el número 9 (13 de enero de 1838), otra vez asociado a los nombres de Fortoul y Leroux, hombres

calificados como “de progreso y libertad”. Por cierto, el autor es también Alberdi.

¿Cuál era, pues, el pensamiento mazziniano?

Giuseppe Mazzini había nacido en Génova el 22 de mayo de 1805; tenía, pues, la edad de Esteban Echeverría. Comparte con éste y con los jóvenes de la revista su amor por las letras, ya que escribe su primer ensayo literario, en 1837, titulado *Dell'amor patrio di Dante*. Estudió leyes y adhirió a la sociedad secreta de los carbonarios. En el año 1830 sufrió la cárcel por algunos meses y, esa circunstancia determinó su exilio en Ginebra, desde donde pasó a Francia. Fundó la *Joven Italia* en Marsella en el año 1831 y se propuso constituir a Italia como una nación independiente, libre y republicana. Su base de acción fue el pueblo mismo. En tal sentido formuló el programa de una *asociación* con espíritu y medios nuevos para lograr la independencia y la unidad de su patria. Se separó de los carbonarios y se reafirmó en la *Joven Italia*. La llamó *joven* porque estaba destinada, especialmente, a estimular el entusiasmo revolucionario de los jóvenes y no en los más sutiles cálculos políticos de la vieja generación; la llamó *Italia* porque era la expresión de un movimiento unitario con base nacional, intérprete de las necesidades y de las esperanzas de todo el pueblo italiano. Mazzini pensaba que la nueva **asociación** debía inspirarse en principios republicanos, por las siguientes razones: a) “todos los hombres de una nación son llamados, por la ley de Dios y de la humanidad, a ser iguales y hermanos”; b) “la institución republicana es la única que puede asegurar este propósito”; c) “la asociación debe ser democrática porque la existencia de un rey vicia la igualdad de los ciudadanos y amenaza la libertad de un país”, d) “la soberanía reside no un individuo sino en todo el pueblo”.

Sobre esta base se fundará, con Echeverría y los demás jóvenes de la generación del 37 y redactores de la revista, la *Joven Argentina*, sociedad secreta, denominada también *Asociación de Mayo*, en el año 1838. Recordemos, otra vez, que la primera de las palabras simbólicas es la de *asociación*, cuyo tema será materia de otro capítulo. Añadamos, desde ya, que muchos párrafos del *Dogma socialista* de Esteban Echeverría provendrán de la *Joven Europa* (fundada en el año 1834, también por Mazzini), que el poeta cita pluralmente.

7.3. Las revistas.

Los jóvenes redactores eran asiduos lectores de revistas europeas. La *Revista de los dos Mundos* es citada desde el número 7 por Alberdi, cita que se repite en los números 8, 13 y 14. Se cita también (núm. 16) una revista europea que no se especifica y la *Revista Británica* de 1825 (núm. 6) Los jóvenes conocieron también la *Révue de Paris*, que no es citada de manera expresa en la revista.

No figura *Le Globe*, publicada por Pierre Leroux, ni *La Révue Encyclopedique*, órganos conocidos por Alberdi y sus amigos.

8. Las críticas.

No se debe creer que todo haya sido miel sobre hojuelas. La revista tuvo sus críticos y sus detractores. Los jóvenes no soportaron en silencio tal actitud de ciertos sectores que se manifestaban también a través de la prensa. Fue el *Diario de la Tarde* el que apuntaba sus saetas. En el número 4 (9 de diciembre de 1837) es el propio *Figarillo* el que se apresta a la defensa, actitud que se repite en otros artículos a lo largo de toda la vigencia de la publicación.

9. La música.

La revista, en todos sus números, tuvo una sección musical. Es probable que el lector sepa que Alberdi tocaba el piano con asiduidad y era el invitado obligado en las reuniones sociales de la época. Había escrito ya dos breves trabajos acerca de la música y de los métodos sencillos para aprender a tocar el piano.

Era un amante de la música y él mismo era compositor, de tal manera que el lector de la revista podía encontrar en esa sección satisfacción para sus preferencias musicales. Algunas composiciones era propias de Alberdi y otras no.

A título informativo puede añadirse que Mazzini también era amante de la música y, en 1836, publicó su obra *Filosofía de la música*.

10. El final.

Cuando Alberdi –por el estilo conjeturamos que es Alberdi- escribía en el número 23 (21 de abril de 1838) el artículo titulado “El asesinato político” no se imaginaba que ése sería el último número de la revista.

Por el propio título cualquiera puede pensar que estaba jugando con fuego. La reacción no se hizo esperar...la gota de agua hizo rebalsar la copa. Rosas dijo basta.

Decimos que Alberdi estaba lejos de pensar en un final tan cercano porque las últimas palabras de *Figarillo* fueron: “Me propongo entonces abrir en adelante un curso público de lecciones elementales de los nuevos principios, redactados con una claridad que no dejará que desear. El sábado que viene se abre la cátedra”. Por cierto, no hubo cátedra, no hubo lecciones...y acabó la revista.

Oría nos relata que, a través de una nota de Pedro de Angelis, se puede asegurar que fue Rosas el que ordenó el cierre de *La moda*.

11. Conclusiones.

Sostener que la revista era sólo un periódico satírico contra Rosas, como algunos comentaristas han expresado, creemos que es cometer un error. La revista *La Moda* es mucho, muchísimo más que eso. La índole y los temas que hemos comentado es el mejor fundamento de lo que expresamos. Otros estudiosos, como Alberto Palcos, ya lo habían advertido.

La revista es el paso posterior a la insinuación de una Escuela, cuando ésta ya se consolida; es la fase de la maduración de un joven grupo intelectual que profesaba ideas comunes y que, con ello, mostró su coherencia y su alcurnia cultural e ideológica; es la solidez racional y nacional saliendo a la sociedad; y es el escalón previo que cimentará la base de las Bases para elaborar una constitución nacional.

Es verdad que, previamente, el grupo amalgamado, que ya había tomado conciencia de su fuerza, debía pasar a la clandestinidad. Los aires rosistas no eran propicios para mostrar un pensamiento de manera pública y evidente. Faltaba una etapa para concluir la base de las Bases y eso se dará con la recuperación de la colaboración de Echeverría y la fundación de la *Joven Argentina* o *Asociación de Mayo*, sociedad secreta que, como sus semejantes de Europa, venía a predicar una línea de pensamiento, que fue concretada en la fórmula que se denominó *Dogma Socialista*.

A esta altura podemos adelantar que la Escuela atravesó los siguientes períodos:

- a) El período del Salón Literario, que se extendió desde el 23 de junio de 1837 hasta noviembre del mismo año, aproximadamente;
- b) El período de la revista *La Moda*, que abarcó el lapso transcurrido entre el 18 de noviembre de 1837 hasta el 21 de abril de 1838;
- c) El período en que se pasa a la clandestinidad desde abril/mayo de 1838 hasta fines de ese año, según el caso. Alberdi pasó a Montevideo en noviembre de ese año. Algunos se habían ido antes; otros, se irán después.
- d) Por último, vendrá el período del exilio, en la mayoría de los casos en Montevideo. Más tarde, Chile.

Hay en la revista, finalmente, una enfática adhesión a la democracia republicana; una inspiración "socialista", en el sentido que tiene el término en Pierre Leroux; un ferviente anhelo de *solidarismo social*; un íntimo y místico sentimiento de progreso social, libertad e igualdad; una toma de conciencia de la existencia del *pueblo* y de sus necesidades; y, lo que es inocultable, una valoración de la mujer, su presencia en la vida social y una misión social que no es sólo del hombre sino de todos los ciudadanos.

Finalmente, digamos también que es en el período de *La Moda* cuando Alberdi y los demás jóvenes tomaron contacto con el pensamiento de Giuseppe Mazzini y las ideas y el estilo de Mariano de Larra (1).

(1) Es preciso destacar que el autor ha tenido a su vista la edición de *La Moda* (edición facsimilar) realizada por la Academia Nacional de la Historia, en 1938, en el año del centenario de su abrupto final.